



Jorge Lobos
Hogar de Ancianos
Maullin, Chile

Venezuela: del bipartidismo al neoautoritarismo

CARLOS BLANCO

Economista y analista político. Ex ministro para la Reforma del Estado de Venezuela

Venezuela solía tenerse en América Latina como modelo de democracia; la misma opinión había respecto a los partidos que la encarnaban y la dirigían. Fue así desde el derrocamiento de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez en 1958, hasta comienzos de la década de los ochenta. Los partidos políticos llegaron a representar la lucha por la libertad y la democracia. Emergieron de la lucha antidictatorial con el aura del heroísmo, la firmeza en la resistencia y la honradez de propósitos, que les valió el puesto principal en el civismo venezolano y un lugar preeminente en el continental.

Estos partidos modernos, principalmente Acción Democrática (socialdemócrata) y Copei (socialcristiano), encarnaron, junto a otras formaciones de disímil suerte e importancia, la larga marcha por construir en Venezuela una sociedad renovada y democrática. Constituyeron, con la diferencia de casi un lustro en su nacimiento, el afán de condensar en partidos los esfuerzos por desembarazarse de la cultura dictatorial que se instaló en el país en 27 años de feroz dictadura del general Juan Vicente Gómez (1908-1935).

Acción Democrática en 1941 y Copei en 1946 inician la consolidación del proyecto democrático que, con un intermedio de una nueva dictadura de

10 años, comenzaría a cristalizar en 1958. Estas organizaciones fueron la encarnación de esfuerzos dirigidos a superar la cultura caudillista, dictatorial y opresiva que había dominado el primer tercio del siglo XX venezolano. Se desarrollan en un país con un Estado que no había cuajado, con instituciones nacionales recientes y débiles, con escasa presencia de la sociedad civil y al que desde los años veinte el fenómeno de la explotación petrolera ya comenzaba a hacerle guiños.

El hecho fundamental es que los partidos políticos modernos, tanto en el período de sus inicios en la década de los cuarenta, como en el de su consolidación en la de los sesenta, se constituyen en el eje que modela y modula el desarrollo de la sociedad venezolana. Son los instrumentos de organización de sindicatos y gremios, de asociaciones empresariales y sectoriales, de la juventud, de la mujer, de los campesinos, de los estudiantes. No constituye una manera más de organizarse la sociedad, sino el factor esencial. Se constituyen en la palanca que intenta y logra el salto, en la década de los cuarenta, del siglo XIX al siglo XX.

Con esos antecedentes, no es de extrañar el papel que pasan a cumplir, especialmente Acción Democrática, Copei, URD (Unión Republicana De-

mocrática) y, por un breve período antes de acometer la lucha armada, el Partido Comunista. Son los representantes de la modernidad democrática, del desarrollo independiente y de la participación ciudadana. Sus dirigentes se encuentran rodeados de una autoritas y un prestigio que no llegaría a poseer ningún sector de la sociedad durante mucho tiempo.

El compromiso más firme con el desarrollo de la democracia lo establecieron los partidos Acción Democrática y Copei. Los vestigios dictatoriales que pervivieron después de 1958, expresados en intentos sediciosos de variada factura, fueron combatidos por estos partidos sin ambigüedad alguna. Con la misma energía combatieron el proceso insurreccional que, al amparo de los logros de la Revolución Cubana y con la ilusión de una victoria socialista inmediata, desarrollaron el Partido Comunista, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (desprendimiento de Acción Democrática) y personalidades relevantes de Unión Republicana Democrática. Este combate desarrollado conjuntamente entre Acción Democrática y Copei que, a mediados de la década de los sesenta fue ganado sin discusión por las fuerzas democráticas, les dio a esas organizaciones mayor poder y prestigio.

De 1958 a 1969 hubo dos gobiernos presididos por Acción Democrática con la colaboración de Copei, los cuales generaron condiciones para que este último partido se convirtiera en la inobjetable alternativa democrática, lo cual ocurrió con el triunfo que obtuvo en las elecciones de 1968. Se generó un sistema bipartidista que se mantuvo prácticamente incólume hasta la década de los ochenta, marcado en la mayor parte del período por la alternabilidad presidencial y, en todo caso, por una actitud de colaboración y distribución de parcelas de poder.

¿Cómo devinieron prestigiosas organizaciones políticas en el objeto de un masivo desprecio popular? ¿En qué momento dejaron de representar valores respetados y apetecidos para mutarse en su contrario? Son interrogantes a cuya respuesta apunta este trabajo. A estas preguntas se añaden ahora las que resultan de comprender el fenómeno de ascenso y caída del bipartidismo como mecanismo de gestión de la democracia venezolana, cuáles sus razones, cuáles sus procesos.

Partidos petroleros

Para entender la democracia venezolana y la especificidad de sus instituciones es necesario aludir al fenómeno petrolero que modela al conjunto de la sociedad. La conocida condición según la cual el Estado es el principal receptor de la renta petrolera, en virtud de la propiedad que ejerce sobre este recurso, genera un impacto masivo sobre toda la sociedad ¹. El Estado se organiza para distribuir la renta y el resto de la sociedad se organiza para capturar porciones mayores o menores de ésta. La distribución y la posición en ese reparto, por la magnitud que significa respecto al resto de las actividades económicas individualmente consideradas, es la base de estructuración de la posición de los diversos agentes económicos y sociales.

Las instituciones públicas se han entramado conforme a esa característica; están diseñadas para la distribución y la redistribución de la renta, lo cual permite inducir una particular relación de los agentes sociales con esas instituciones; dichos agentes se articulan para recabar su parte de la renta, legal o ilegal, según los casos y oportunidades. El Estado venezolano tiene la peculiaridad de no ser un sistema de reglas, valores y técnicas para el imperio del Estado de derecho, sino un sistema diseñado para el flujo de los recursos petroleros, res-

pecto de los cuales cambian las posiciones relativas según la fuerza que en cada momento tengan esos agentes sociales.

Los partidos se organizaron conforme a esa característica esencial de la sociedad venezolana: para insertarse como agentes de distribución de la renta a nombre del Estado y, simultáneamente, como sus receptores, en cuanto representación organizada de sectores mayores o menores de la población.

Las organizaciones partidistas no fueron sólo los gestores ante el Estado, sino la forma específica en la que éste organizó una porción fundamental de la distribución del ingreso petrolero. Los dirigentes y muchos de los militantes tuvieron la posibilidad de ser los agentes administrativos de la canalización de los recursos hacia el conjunto de los sectores más desvalidos y hacia una incipiente clase media, la cual, por esta vía, se fortaleció y se constituyó en la base real del proceso democrático venezolano. También fueron los agentes de creación y de expansión de una moderna burguesía nacional, hija del proteccionismo estatal y factor de modernización capitalista.

La renta política y los partidos-de-Estado

Los partidos fueron la base organizativa del reparto de la renta petrolera y, por esta vía, se convirtieron en los principales beneficiarios de la renta política que, a cambio, les era provista como contraprestación social. Se transformaron en la bisagra entre el Estado y el resto de la sociedad; esa condición, la de ser parte orgánica del Estado, los convirtió en partidos-de-Estado; dejaron de ser formas de existencia de la sociedad civil, para convertirse en formas de existencia del Estado ante la sociedad civil.

Esa mutación tiene profundas implicaciones en el modo de constituirse y ser las organizaciones políticas venezolanas. Todas, las de derecha e izquierda, las viejas y las nuevas, las capitalistas y las anticapitalistas (salvo las ilegales), se convirtieron en parte orgánica del Estado. Sus miembros fueron expresión de la economía partidista que intercambió recursos del Estado a cambio de apoyo político².

Ese proceso distributivo no implicó siempre ilegalidades, que también las hubo, sino que fue el mecanismo específico mediante el cual se implantó y desarrolló la democracia en Venezuela. Después de la derrota de la insurrección armada hacia 1963, Venezuela vivió casi cuarenta años consecutivos de paz, libertad y democracia, mientras en América Latina y el Caribe, salvo la excepción mexicana de particular genealogía, se vivió un intenso período de dictaduras, autoritarismos, guerras internas y despotismos de diversa factura.

La democracia venezolana fue comprada con petróleo y sus agentes directos fueron los partidos políticos, especialmente Acción Democrática y Copei. Esta condición no demerita los logros obtenidos, sino que apunta a la vía particular de obtenerlos.

En este marco se generó una cultura democrática que prevalece en Venezuela; sin embargo, en ésta se expresa toda la polivalencia y su ambigüedad de las formas en las cuales se constituye. La democracia, en muchos casos, se identifica con la libertad de demandarle al Estado el cumplimiento de obligaciones sociales, más dictadas por el fenómeno petrolero que por la Constitución de la República. Si bien en algunos países latinoamericanos el fenómeno populista fue cortado de raíz por imposibilidades fiscales, en Venezuela persisten las bases que lo hacen posible.

Los candidatos y los partidos, invariablemente, repiten en las elecciones una oferta básica, disfrazada con diferentes recursos retóricos, que es perpetuar el papel redistribuidor del Estado. En el fondo la promesa es asegurar que Venezuela seguirá siendo por siempre un país petrolero y que los recursos que el hidrocarburo proporciona seguirán abasteciendo las demandas variadas de una población creciente³. El discurso petrolero habla a través de candidatos y partidos y es el centro del drama político que Venezuela experimenta a lo largo de su historia contemporánea.

Socialismo fiscal

La ideología que alimenta este papel preeminente del Estado en la cultura venezolana es la de una suerte de “socialismo fiscal”, en el cual el Estado, sin necesidad de apropiarse de los medios de producción privados, puede ser propietario de suficientes medios de producción estatales como para convertirse en el agente económico predominante. Así, se han producido empresas, empleos, productos, gerentes y corrupción estatales en una proporción elevada, sin necesidad de colocar bajo la propiedad del Estado a las empresas del sector privado.

Los valores que derivan de esa manera de relacionarse los agentes económicos y sociales están presentes como componentes estructurales de la democracia venezolana. El papel redistribuidor del Estado ha hecho de la función estatal la forma específica de atender las necesidades sociales, prescindiendo, incluso, del papel de los propios demandantes de tales bienes y servicios; el Estado se convierte en el representante del bienestar colectivo, actual o potencial, por lo que el estatismo no es sólo un problema de políticas, sino de cultura. Los agentes de este proceso cultural han sido, por excelencia, los partidos.

Los burócratas de la democracia

Cuando comienzan a hacerse más visibles las vicisitudes del ciclo petrolero, los partidos comienzan a experimentar sus altibajos, por la vía del rápido desgaste de sus gobiernos en los momentos de penurias, especialmente en los casos de los presididos por Luis Herrera Campíns (1979-1984) y Carlos Andrés Pérez (1989-1993).

En esos momentos los partidos de gobierno no pudieron soportar el peso del descenso del ingreso petrolero. Las décadas de los ochenta y noventa ven a los partidos tradicionales desintegrarse. El principal aspecto es que no pueden continuar cumpliendo el papel de redistribuidores del ingreso; el entramamiento del mecanismo que ha posibilitado su prestigio y poder se convierte en la base de su condena social. La cuestión es determinar por qué no asumieron el desafío que la crisis del modelo rentista les planteaba.

Las causas de la incompreensión de lo que estaba aconteciendo en el sustrato del sistema político son diversas. En primer lugar, los partidos venezolanos entran en su peculiar conflicto en un momento en el que está haciendo crisis el mundo socialista, cuyos fundamentos epistemológicos, teóricos e históricos, les servían de fundamento, como a casi todas las organizaciones políticas modernas de contenido social. La orfandad ideológica, que no es un fenómeno exclusivo venezolano, acentúa la dinámica de deterioro de estas organizaciones. Se quedan sin brújula estratégica.

Pero esa condición viene a ser complementada por otra, que es la de quedar desactualizados programáticamente. El proyecto de desarrollo democrático en lo político; la industrialización mediante la sustitución de importaciones, la reforma agraria y la reforma administrativa, en lo economí-

co-institucional; y una política de amplios beneficios sociales, constituyeron, en su conjunto, grandes objetivos que la democracia venezolana se planteó en sus momentos iniciales, relativamente satisfechos a lo largo de sus primeros veinte años. Cuando podía haberse repensado el problema, después de alcanzar los objetivos mencionados, el incremento de los precios del petróleo de la década de los setenta permitió reforzar el modelo rentista con la nacionalización de la industria petrolera. El Estado, con más ingresos y con mayor base estructural al incorporar a la industria petrolera dentro de sus propiedades, se hizo aún más omnipotente en el desempeño económico, institucional y social. Los partidos actuaron como si los objetivos obtenidos relevaban de nuevos desafíos, porque la durabilidad del modelo habría estado asegurada debido a los incrementos de ingresos petroleros, continuados, con altibajos, hasta 1982. Lo cierto es que el mundo dentro del cual se insertaba Venezuela estaba cambiando y Venezuela también, pero este hecho no pudo ser aprehendido por el aparato perceptivo de las élites políticas dominantes en el país.

Cuando se desarrolla la crisis de la deuda en América Latina, Venezuela comienza a ser afectada drásticamente. Precisamente en el momento en que los precios de su principal producto de exportación declinan, comienza a instalarse en diversos sectores de la sociedad venezolana la idea de que el modelo rentista no puede responder a las exigencias que se están formulando para el momento. Pero sólo leves ecos de esta constatación llegan a los partidos políticos, encerrados en la administración de un modelo cuya decadencia sólo era percibida como un avatar de carácter pasajero.

Surge una nueva cuestión, que consiste en averiguar por qué esa transformación no fue adecuada-

mente percibida. La respuesta básica es que el tipo de liderazgo que ostentaban los partidos dejó de ser intelectualmente calificado para entender los procesos, sencillamente porque no aparecía como necesario en su administración cotidiana. En la etapa previa, la de la resistencia contra la dictadura, el liderazgo de los partidos se calificó de manera notable; los dirigentes de los partidos concibieron el proyecto democrático con madurez y profundidad. Pero en el desarrollo del proceso democrático, especialmente en la década de los ochenta, los líderes de relevo asumieron el modelo rentista como permanente y garantizado, lo cual generó lo que podría calificarse como un desarme intelectual: el país no requería ser repensado. De esta manera de asumir el asunto derivó una falta de exigencia ideológica y programática sobre los dirigentes. Los nuevos líderes, promovidos al amparo del rentismo político, no experimentaron la necesidad de ser promotores de la renovación ideológica y programática, sino que se convirtieron en burócratas de la democracia. Se produjo así una perversión, en el sentido de que las generaciones de relevo frecuentemente fueron inferiores a sus predecesores en punto a retos. Los dirigentes políticos más jóvenes, en sentido general, se convirtieron en los administradores de la decadencia del sistema político, a la vez que en autores de la descomposición.

El tiempo de la reforma

A finales de la década de los ochenta las necesidades por reformar la democracia se hicieron más evidentes. Se planteó en la opinión pública y al interior del Estado, a través de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Coprore)⁴, la necesidad de acometer cambios políticos, administrativos, institucionales, culturales y en el campo de las políticas públicas, así como de la participación ciudadana. Se llegó a la conclusión en la Coprore que

había que avanzar en el proceso de reestructuración y redistribución del poder en la sociedad como manera idónea de preservar el régimen democrático. En particular, el proceso de descentralización, las reformas del sistema electoral, así como cambios en la administración pública y otras ramas del poder público nacional, fueron objetivos importantes que, en algunos casos, condujeron a dinámicas de transformación capaces de alterar el lugar de los actores políticos y sociales, propiciando la emergencia de algunos nuevos y creando condiciones para la desaparición de algunos de los viejos.

Ese proceso de cambios fue sumamente complejo, pero lo esencial, a los efectos de este trabajo, es que los partidos políticos no fueron capaces de acompañarlos. Se rezagaron y sólo mediante la presión de la opinión pública, a través de complejos mecanismos de negociación, aprobaron algunos de esos cambios como la elección de gobernadores y alcaldes⁵.

Lo relevante es que la sociedad venezolana buscó sucesivamente los cambios a través de las presidencias de Carlos Andrés Pérez, de Rafael Caldera y de Hugo Chávez. El primero, logró imponerse como candidato contra la voluntad de la dirección de su partido y del propio gobierno de su partido; el segundo se impuso contra el partido que había fundado, Copei, y contra el otro eje de la hegemonía partidista, Acción Democrática; y el tercero, contra todo el sistema político anterior. De manera que la crisis de los partidos fundamentales y, por tanto, del bipartidismo, comienza a finales de la década de los ochenta y se va expresando a través de líderes que han sido adversarios entre sí, pero que han testimoniado una búsqueda similar.

Debe señalarse, sin embargo, que esa búsqueda de cambios ha estado orientada básicamente hacia una

crítica de los compromisos incumplidos de la democracia venezolana, pero es una exigencia en el marco de una cultura populista. El proceso inicial de erosión de los partidos fundamentales ocurrió cuando se operó la crisis del modelo rentista, pero la aspiración indisimulada era a un retorno de las condiciones de redistribución del ingreso que a través de éstos se habían logrado. Cuando tal objetivo no fue posible, los partidos cayeron en desgracia.

Un ejemplo notable de la presión populista fue el derribo del gobierno de Carlos Andrés Pérez en su segundo período constitucional (1989-1993), cuando se iniciaron reformas económicas, políticas e institucionales. Después del traumático ajuste inicial de 1989 el país tuvo elevados niveles de crecimiento económico, se abrió el proceso de descentralización, se iniciaron diversos cambios y se ampliaron los mecanismos de participación ciudadana, pero, a pesar de los automatismos institucionales que forzaban una y otra vez hacia las dinámicas redistributivas por parte del Estado, se intentó una corrección de las políticas paternalistas tradicionales; tal orientación chocó con la cultura dominante en la sociedad y, muy especialmente, con la actitud de las élites políticas y económicas. Fueron los partidos políticos los que a pesar de su ostensible deterioro, pero todavía en control de las instancias institucionales de poder (Corte Suprema de Justicia, Tribunales y Congreso), los que forzaron la salida del entonces presidente. Este caso que no es único, ilustra la dinámica de los partidos en medio de patrones culturales producidos por el modelo rentista: en las situaciones límite, los partidos adoptan las posturas que los han conformado, dirigidas a expresar y consentir con las dinámicas de redistribución del ingreso por parte del Estado, que desbordan las fronteras del Estado social moderno, para constituirse en políticas de cooptación electoral.

El planteamiento fundamental es que habiéndose debilitado muy severamente durante la década de los ochenta y los noventa la función redistribuidora de la renta petrolera por parte del Estado, debido a los periódicos altibajos en los precios del producto, los partidos políticos fundamentales no han podido superar su dependencia de la renta política que ha sido consustancial a su estructuración y funcionamiento en la etapa democrática (1958 - 1999). En el marco de esa crisis recurrente y después de las experiencias de Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera, que fueron expresiones sucesivas del intento de superación del partidismo dominante dentro de las reglas del juego establecidas, la mayoría del electorado, que había identificado a los partidos como la institución más desprestigiada del sistema y la principal causa de los males de la población, básicamente los generados por la corrupción, le entrega al comandante Hugo Chávez el mandato presidencial⁶.

La elección de Chávez se produce en el marco de un deterioro muy grave de la situación económica del país, por el descenso de los precios petroleros que se produce a consecuencia de la crisis asiática de 1997; en esas circunstancias la mayoría del electorado opta por la promesa radical de extirpar al anterior sistema político, cuya expresión fundamental eran los partidos políticos principales, Acción Democrática y Copei.

Se renueva la promesa populista

La llegada de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela marca el fin de la hegemonía de Acción Democrática y Copei, la cual, como se ha dicho, entró en una situación de decadencia desde finales de la década de los ochenta. Con Chávez y su llamada revolución se instala una promesa básica: sustituir a los partidos que, según el punto de vis-

ta triunfante, abandonaron su compromiso con el pueblo y se convirtieron en los artífices de un sistema corrupto y progresivamente inviable. El hecho es que una alianza de partidos bajo el liderazgo carismático del ex golpista, pasa a gobernar y a fuerza de consultas electorales (seis en año y medio), logra asumir el control de todas las ramas del Poder Público nacional.

Lo significativo de este proceso es que bajo un potente liderazgo en los dos primeros años de gobierno, los grupos partidarios del Presidente, especialmente el suyo, el Movimiento V República (MVR), pasa a reproducir exactamente los mismos procedimientos que atribuía, no sin razón, a sus adversarios. El fenómeno del clientelismo ha tenido una nueva oportunidad de manifestarse a propósito del incremento espectacular de los precios petroleros entre 1999 y 2000, lo cual se ha traducido en incrementos del gasto público: alzas salariales, programas sociales diversos, acuerdos de cooperación internacional en materia petrolera e incremento de compras gubernamentales. Este gasto, junto al reparto de cargos en la administración pública, han permitido la conformación de una nueva maquinaria partidista de naturaleza clientelar, esta vez al servicio del régimen instaurado. Sin embargo, la destrucción institucional que ha habido, las imprecisiones y confusiones ideológicas, la carencia de un programa gubernamental viable, el copamiento de todas las ramas del Poder Público, la ausencia de normas de convivencia democrática y la dinámica autoritaria, han impedido que el partido principal del gobierno, dirigido por el propio Presidente, promueva raíces sólidas. Los partidos Acción Democrática y Copei se desarrollaron y luego decayeron en el curso de medio siglo, mientras que el MVR, con apenas tres años de existencia, se muestra como un partido que incorpora las

limitaciones y los vicios que aquéllos adquirieron después de varias décadas.

Neautoritarismo

En Venezuela ha surgido un régimen de carácter neautoritario. El hecho de que su fundamentación esté tanto en la popularidad del Presidente, que la mantiene a través de una postura muy radical respecto del sistema político anterior y más recientemente con un gran activismo antinorteamericano en su política exterior, como en la función cada vez más ostensiblemente política de la Fuerza Armada Nacional, tiende a cambiar la función del partido. Este tipo de institución no es el canal de organización popular necesario para respaldar en forma permanente al gobierno, ni para estructurar las demandas sociales; sólo cumple una función electoral que, una vez superadas las elecciones, se hace superflua. De allí que la posibilidad de sustituir la antigua hegemonía bipartidista por una nueva, del MVR, luce muy difícil, porque este partido sólo cumple funciones de carácter electoral y no las ideológicas, políticas, programáticas que son propias de los partidos en las sociedades democráticas.

El neautoritarismo produce la implosión de las instituciones, es decir, las hace incapaces de cumplir los fines que en un Estado de derecho les son confiadas y, en la práctica, pasan a estar sometidas al Poder Ejecutivo y, como ocurre en el caso venezolano, a la voluntad del Presidente de la República. Dentro de las instituciones que implosionan están los partidos políticos. El gobierno tuvo -y tiene- la ilusión según la cual los partidos exterminados son los del anterior sistema político, pero, en realidad, lo que ha producido es una situación en la que cualquier partido político está imposibilitado de desarrollarse. El régi-

men, que no inició pero consagró la liquidación de la hegemonía bipartidista, por su propia naturaleza autoritaria y el carácter personalista de su liderazgo, parece estar impedido de crear un partido político que sea expresión organizada del sector de la sociedad que respalda al gobierno.

El proceso venezolano está en plena ejecución. Sus destinos probables son diversos. La cultura democrática venezolana está firmemente arraigada, pero tiene, como queda dicho, un componente estructural proclive al rentismo. La desintegración de los dos partidos fundamentales de Venezuela, sin que las bases estructurales que expresaron se hayan modificado, permite afirmar que los nuevos partidos están afectados de las mismas características. Sin embargo, la exacerbación de las condiciones del rentismo, con un liderazgo fuertemente populista y estatista, sin un proyecto alternativo para la sociedad venezolana, permiten predecir que el bipartidismo no está siendo sustituido por un partido nuevo o por varios partidos nuevos, sino por un liderazgo carismático, caudillista, que a pesar de tener un partido no le permite su desarrollo por la condición autoritaria que lo caracteriza.

El proceso venezolano está en desarrollo. Las opciones están abiertas y sin duda la democracia está en severo riesgo. Actualmente hay una lucha entre las fuerzas democráticas y las neautoritarias, inclusive en el interior del propio movimiento que apoya al presidente Chávez. Las fuerzas democráticas del mundo deben estar atentas a los acontecimientos venezolanos porque no sólo peligran conquistas fundamentales obtenidas a lo largo de décadas, sino que el efecto en América Latina y el Caribe también comporta peligros para otras naciones. •

NOTAS

1. El petróleo significa para Venezuela cerca del 80% de la entrada de divisas, cerca del 50% de los ingresos fiscales y generador directo e indirecto del 40% de la actividad económica nacional.
2. Obviamente no es un fenómeno venezolano en exclusiva, pero en un país petrolero adquiere rasgos muy agudos.
3. Algunas cifras que presenta Gerver Torres (2000), pueden indicar el grado de deterioro de la situación: a) En 1998 el salario real fue la mitad del de 1982; b) En 1999 el 20% de la población más rica recibió 53% del ingreso nacional y el 20% más pobre sólo alcanza a capturar 4% de ese ingreso; c) Entre 1990 y 1999 la inflación anual promedio fue del 50%; d) el empleo informal en el año 2000 supera el 50% de la población ocupada; e) La clase media como porcentaje de la población pasó del 56,9% en 1975 al 31,3% en 1997.
4. Creada el 17 de diciembre de 1984, permaneció hasta que el gobierno actual del presidente Chávez la disolvió. Fue integrada

por 35 miembros inicialmente (posteriormente fue ampliada en el gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez), los cuales representaban a diversos sectores de la sociedad, partidos de gobierno u oposición, intelectuales, académicos, empresarios, sindicalistas, militares, entre otros.

5. La elección de gobernadores y alcaldes ocurre por primera vez en Venezuela en 1989, en el gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez. Es el inicio de la descentralización y la reforma de mayor alcance político, institucional y administrativo del último cuarto del siglo XX en el país. Los gobiernos posteriores retomaron una senda centralista, especialmente el del presidente Chávez.

6. Cabe indicar que es el intento de golpe de Estado fracasado del 4 de febrero de 1992 lo que catapultó a Chávez al escenario político. Puede ser un indicador de la ambivalencia en la cultura democrática de sectores mayoritarios de la población, el que el protagonista de un golpe de Estado se perciba como el líder capaz de corregir los errores de la democracia.

BIBLIOGRAFÍA

1. BLANCO MUÑOZ, AGUSTÍN (1998) *Habla el comandante* Caracas Universidad Central de Venezuela.
2. Caballero, Manuel (2000) *La gestión de Hugo Chávez* Madrid - Los libros de la Catarata.
3. COMISION PRESIDENCIAL PARA LA REFORMA DEL ESTADO (1989) *Proyecto de Reforma Integral del Estado* Caracas Ediciones de la Copre
4. COPPEDGE, MICHAEL (1993) "Partidocracia y Reforma" En: *La democracia bajo presión* Andrés Serbín y Andrés Stambouli - Caracas, Editorial Caracas.
5. COPPEDGE, MICHAEL Y JAN SZOMBURG - (1993) *Political barriers to Economic Reform: Poland and Venezuela* Center for International Private Enterprises.
6. Garrido, Alberto (2000) *De la guerrilla al militarismo* Mérida, Venezuela-Editor Alberto Garrido.
7. KORNBILTH, MIRIAM (1997) *Venezuela en los 90, Las crisis de la democracia* Caracas Ediciones IESA.
8. MARTZ, JOHN (1982) "Los peligros de la petrificación: el sistema de partidos venezolanos"- En: *Iberoamérica en los años 80, Perspectivas de cambios social y político* Baylora; López Pintor Madrid.
9. NJAIM, HUMBERTO; COMBELLAS, RICARDO; ALVAREZ, ANGEL (1999) *Opinión Política y Democracia en Venezuela* Caracas Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela.
10. PENFOLD BECERRA, MICHAEL (2000)-*El colapso del sistema de partidos en Venezuela: una muerte anunciada* (Primera Versión) Meeting of the Latin American Studies Association.
11. ROCHE LANDER, EDUARDO (2000) *Informe de la gestión del año 1999 del Contralor General de la República* Eduardo Roche Lander- Caracas Editor Eduardo Roche Lander.
12. ROMERO, ANÍBAL (2000) *The "Chavista Revolution": More of the same or a new beginning for Venezuela* Conference on Venezuela, Universities of Tufts and Harvard - (tomado de la Revista Venezuela Analítica).
13. STAMBOULI, ANDRÉS (1982) "La democracia venezolana: de los requisitos de estabilidad a las exigencias de eficacia" En: *Iberoamérica en los años 80, Perspectivas de cambios social y político* Baylora; López Pintor Madrid.
14. TORRES, GERVER (2000) *Un sueño para Venezuela ¿Cómo hacerlo realidad?* Caracas, Banco Venezolano de Crédito.
15. WORLD BANK (1995) *The World Bank and the Venezuelan Justice System* Washington - World Bank.